



LIDIA
BALTRA

Dos funerales, un mismo honor

Mientras hacía guardia de honor junto al féretro de Pablo Neruda en el salón de honor de la Cancillería y observaba la dignidad del acto y el respeto con que las más altas autoridades del país rendían homenaje postrero a los restos del ilustre difunto, otras imágenes cruzaban por mi mente. Aquellas del otro funeral, en septiembre de 1973, cuando una enorme columna de personas acompañamos el cuerpo de Neruda desde su casa *La Chascona*, en el barrio Bellavista, hasta el Cementerio General.

No fue un desfile fúnebre cualquiera. No habían pasado aún dos semanas desde el golpe militar. El país se encontraba en estado de sitio y con toque de queda. Temibles

bandos se transmitían desde los cuarteles prohibiendo las reuniones de cualquier tipo. *La Chascona* había sido allanada y la urna del poeta yacía en medio del desorden, de vidrios y muebles rotos, de papeles y enseres desordenados. Hacía frío en esa casa violada, donde Mátilde Urrutia, fiel a su amor, lo acompañaba antes de partir a su morada definitiva.

En medio de ese desolador panorama, un grupo de amigos, familiares y militantes de la izquierda, especialmente del Partido Comunista, decidió, sin previa preparación,

acompañar el carro fúnebre hasta el Cementerio. Las calles estaban desiertas. Nadie se atrevía a abrir las persianas para mirar a esos osados admiradores del poeta. No se sabía qué podía pasar en el camino.

De pronto, alguien gritó: "¡Compañero Neruda... presente!" Un escalofrío me recorrió la espalda. Más aún cuando unos metros más allá, un pelotón de soldados nos apuntaba con sus armas. El grito se repitió tres veces. Alguien me comentó que quien lo emitía era un hombre afectado de cáncer, al que ninguna otra muerte podría amedrentar. Pero después otras

voces gritaron consignas y no era posible que todos estuvieran enfermos; en esos momentos de muerte y horror, la vida valía poco.

Así se desarrolló la larga caminata, entre gritos, lágrimas y temor.

Llegado al camposanto, el cortejo se detuvo en la entrada y el grupo, ya desafiante, comenzó a entonar *La Internacional*, algunos incluso con el puño en alto. A mi lado, algunos extranjeros -sindicados de "enemigos" entonces- la cantaban en sus idiomas.

El resto se conoce. Se lo enterró en el mausoleo de una familia Dittborn, algunos de cuyos representantes exi-

gieron tiempo después que lo sacaran de allí. ¡Hasta en la tumba Neruda fue perseguido! Desde entonces reposó en un sencillo nicho que el pueblo siempre ornamentó con flores.

Por eso, los homenajes que ayer las más altas autoridades y dirigentes políticos y sociales le rendimos en el ex Congreso antes del viaje a su reposo definitivo en su querida Isla Negra, era una deuda pendiente con el hombre que elevó a las más altas cumbres nuestra poesía y murió fiel a sus ideas.

***Secretaría general del Colegio de Periodistas.**